

Amadísimos fieles

Qui vos audit, me audit, qui vos spernit, me spernit.
El que a vosotros oye, a Mi me oye;
y el que a vosotros desprecia, a Mi me desprecia. S. Luc. 10, 16

Los designios de Jesucristo nuestro Señor al encarnarse y hacerse hombre están admirablemente sintetizados, expresados en aquel mensaje angélico de la noche de Navidad en los contornos de Belén. Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Jesucristo vino al mundo no solamente a preparar a las almas para que un día participen de su propia felicidad en el seno del Padre, sino a hacer que florezca en la tierra en cuanto dependa de él una segunda edad de oro, en que la diferencia de razas y naciones, de clases o de profesiones, no engendren ya más altiveces y desdenes, odios o envidias, una edad de oro en que la humanidad hecha cristiana viera como se araban y ayudaban todos sus miembros, como miembros de un mismo cuerpo, bien poseídos de su común dignidad y hermandad, una nueva edad de oro en que sobre todo reinara la paz en el recinto sagrado de las conciencias por la sensación de seguridad en la posesión de la verdad, en la ejecución o ejercicio del bien que iban a poder tener.

Cristo excogitó, Cristo halló ese y-dio, ese recurso que iba a poder permitir que se crearan esos nuevos vínculos entre los nuevos miembros de la humanidad y al mismo tiempo, proporcionara a las conciencias esa sensación de seguridad en la profesión de la verdad y en la práctica del bien a fin de que de esa forma planamente se realizara el ideal del mensaje angélico. Jesucristo nuestro Señor, que era la misma Sabiduría de Dios, el Verbo de Dios, encontró el instrumento apto, magnífico para la realización de este ideal en la constitución de la Iglesia, que por una parte es la perpetuación en la tierra de aquellos sus magníficos poderes de Dios en virtud de los cuales decía "tus pecados te son perdonados y vete en paz" llenando las almas de una paz y de un gozo indescriptibles y renovando en ellas toda su vida, regenerándolas, mejorándolas, para una vida más perfecta, más digna del hombre. Jesucristo nuestro Señor encontró este instrumento providencial, único para la realización de ese ideal de un mundo nuevo en que las diferencias de razas y naciones, de clases o de profesiones, no engendraran ya más altiveces y desdenes, envidias u odios, una edad de oro en que la humanidad hecha cristiana viera como se ayudaban y se araban todos los miembros a quienes les imponía el gran mandamiento de amarse los unos a los otros como yo os he amado y en esto os distinguirán. He ahí la Iglesia, ese instrumento de paz y regeneración, que no es más que el ejercicio constante de los derechos y facultades de Cristo y la asociación, la agrupación de las almas unidas por los vínculos de la fe y de la gracia. Ella depositaria de la verdad revelada, de la Verdad íntegra, -- la Verdad misma iba a permitir al hombre llegar a la posesión, a la adquisición segura de esa verdad con suma facilidad, ella Maestra de la verdad, sin necesidad de que todos y cada uno de los hombres se molestaran en hacer las investigaciones sobre las fuentes y la autenticidad de esa verdad, de su interpretación, le iba a dar todo hecho y con las máximas garantías de integridad y de autenticidad como ya vereis mañana. Ella, Madre de la humanidad, ella depositaria de las mismas facultades, de los mismos poderes de Dios, ella Cristo viviente, Cristo encarnado en la persona de sus sacerdotes, de sus Obispos, y sobre todo en la persona de su Vicario el Papa constantemente, eternamente, iba pasar derramando sobre las almas el óleo de la paz por el perdón seguro de los pecados, por la infusión de la gracia que es luz y calor, en una palabra por el ejercicio de esas funciones sagradas, de esos ministerios que le iban a envolver al